

RIPIOS ULTRAMARINOS

POR
D. ANTONIO DE VALBUENA.
XXI.

Los versos que van ustedes á tener el disgusto de conocer, han sido perpetrados en París de Francia, como dice Becerra; pero el autor, aunque parece persa ó egipcio, es americano, y por consiguiente, cae, ¡vaya si cae! bajo mi jurisdicción en este momento.

Se firma *Francisco Paz Soldán*, y su composición lleva por título estas palabras:

"A MONSEÑOR FARIÑAS."

Ustedes, naturalmente, no saben quién es *monseñor Fariñas*.

Ni les importará mucho saberlo. Sin embargo, para mejor entender el *canto del Soldán de Babilonia*, ó de París, no estará demás que sepan ustedes algunas noticias del héroe *cantado*, ó más bien, *cantado*, ó apedreado.

Para mejor entender el *canto*, y para disculparle en cierto modo y atenuar algo la responsabilidad del *poeta*.

Porque después que conozcan ustedes á *monseñor Fariñas*, convendrá en que no hubiera sido cuerdo ni justo emplear para él versos mejores.

Monseñor Fariñas es un cura andaluz y algo liberal, que por equivocación, supongo que por equivocación, fué llamado á predicar en París la Cuaresma antepasada en la *Capilla Española*, nombre con el que es allí conocida la iglesia de los padres del Santísimo Sacramento, porque en ella suele celebrarse cultos la colonia hispano-americana.

El predicador aduló mucho al auditorio en sus sermones de Cuaresma; pero no dijo nada de sustancia.

Dos detalles. El Viernes de Dolores, en el sermón de la tarde, y hallándose manifiesto el Santísimo Sacramento, bendito y alabado sea, se entretuvo en dar repetida y humildemente las gracias á las *aristocráticas familias*... esta frase no la dejaba de la boca, "á las *aristocráticas familias americanas*, que" le habían "convidado á su mesa."

Lo cual parecía un reclamo para que las *aristocráticas familias* que no le habían convidado todavía se animaran á hacerlo cuanto antes.

Otro día, habiendo entrado en la capilla doña Isabel de Borbón cuando él se hallaba en el púlpito rezando con los fieles, se bajó, besó la mano á la exreina de España con gran reverencia y se sentó á su lado.

Después volvió á subirse al púlpito, y mezclado con elogios á las consabidas *aristocráticas familias*, hizo un panegírico de doña Isabel, llamándola dechado perfecto de reinas, de esposas y de madres...

La gente le auguró algún buen canonicato, cuando no la mitra de obispo auxiliar de algún anciano Arzobispo.

Claro es que á la inmensa mayoría de las colonias española y americana la disgustaron aquellas profanaciones.

Pero agradaron hasta enloquecerlas á ciertas damas, aficionadas á echárselas de ilustres, y *monseñor Fariñas* tuvo su partido.

Animado por el éxito y juzgando que nada más á propósito para continuar sus florecos, que el mes de las flores, anunció por carteles unos cultos para el mes de Mayo, y los anunció de esta manera:

"MES DE LAS FLORES

DE LA VIRGEN.

¡Qué espectáculo tan edificante para la sociedad será ver á todos los fieles *sin distinción de clases* (ya vendrá la distinción), lo mismo á los pobres que á las *aristocráticas damas* (ya pareció aquello!) que forman esta colonia hispano-americana, *aparearse de sus carruajes*...."

De modo que si no se apean de sus carruajes, es decir, si no van en carruajes á las Flores, ni éstas valen nada, ni es edificante el espectáculo....

¿Qué tendrían que hacer los carruajes en el anuncio de una función de iglesia?

Y luego... ¿los pobres también se han de apearse de sus carruajes?....

Porque dice: "Ver á todos los fieles *sin distinción de clases*, lo mismo á los pobres, que á las aristocráticas damas, apearse de sus carruajes...."

Mejor fuera que se apeara de su frivolidad *monseñor Fariñas*.

Pero ¡quién! Sigue:

".... apearse de sus carruajes para consagrar una hora *antes del paseo de la tarde* á la Santísima Virgen María en los "Ejercicios del mes de las flores," que principiarán el día 1º de Mayo en la capilla de la *avenue de Friedland*, en la siguiente forma:"

Nótese, antes de ver la forma de los "Ejercicios", que, si no son *antes del paseo de la tarde*, es decir, si después de los ejercicios no se van las señoras á paseo, y en carruaje precisamente, los ejercicios no tendrán eliste.

Así á lo menos se desprende del programa.

El cual, un poco más abajo dice: "Tanto los ejercicios como el sermón, están á cargo de: MONSEÑOR FARIÑAS, capellán de honor de su majestad el rey de España."

Así: *Monseñor Fariñas*, capellán de honor, etcétera.

Y termina: "Estos ejercicios se aplican en sufragio de los difuntos de las personas que contribuyan con sus limosnas."

¿Los difuntos de las personas?

Bueno, bueno.

Ahora que ya conocen ustedes á *monseñor Fariñas*, *monseñor*, andaluz, florista y liberal, aunque le esté mal el decirlo, y peor el serlo, ya pueden ustedes apreciar mejor el mérito del himno que el *Soldán* le dirige.

Empieza así:

"De todos vuestros oyentes..."
Como ven ustedes, le trata de vos. Es claro: á los *monseñores*....

"De todos vuestros oyentes Cautivan los corazones Las frases tan elocuentes Que tienen vuestros sermones..."

Pedestre ¿verdad? muy pedestre. ... Pero, vamos, para *monseñor Fariñas*, no deja de ser bastante.

Lo malo es que no haya encontrado el *poeta* término de comparación para las frases elocuentes del *monseñor Fariñas*. Vamos, que no nos haya dicho *tan elocuentes* como que son las frases que tienen los sermones de *monseñor Fariñas*...

Porque sería gracioso... yo lo creo.

Segunda cuarteta:

"Commueve y consuela tanto..."
Otro comparativo; pero tampoco va á redondear el *poeta* la comparación. ¿Cómo ha de ser!

"Commueve y consuela tanto Vuestra palabra sagrada Cuando desciende inspirada Por el Espíritu Santo..."

¡Hombre!... ¿Nada menos?....

Y yo que trataba así de cualquier modo á *monseñor Fariñas*!....

¡Ya, ya!

Ahora resulta que *monseñor Fariñas* es Papa infalible....

Y más todavía.

Porque el Papa, según nuestra santa fé católica, cuando solemnemente define sobre materias de fé y de costumbres, tiene la asistencia del Espíritu Santo para no errar; mientras que *monseñor Fariñas*, cuando sube al púlpito á decir insustancialidades y simplezas, á echar piropos á las señoras y á dar las gracias á las *aristocráticas familias americanas* que le han convidado á comer, goza de inspiración directa del Espíritu Santo, lo mismo que la tuvieron los autores de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento que constituyen la Sagrada Escritura....

Esto, si fuéramos á creer al Soldán, cantor de *monseñor Fariñas*.

Lo que hay es que no lo creemos.

Nos reímos de sus cosas, y le dejamos que siga cantando:

"La colonia americana Que os ha escuchado en Francia..."
¡Hombre, hombre! cortito se nos ha quedado el verso. .

"Que os ha escuchado en Francia..."

es un verso heptasílabo; malo, eso sí, pero heptasílabo nada más.

Para hacerle octosílabo habría que pronunciarle y aún escribirle á la antigua.

"Que vos ha escuchado en Francia..."

Precisamente como los versos aquellos del romance:

"Del soldán de Babilonia, De ese vos quiero decir, Que le dé Dios mala vida Y á la postre peor fin..."

Yo no pido para el *Soldán* americano esas bendiciones, porque la cosa no es para tanto.

El que cuente las sílabas por los dedos, sin hacer sinalefas donde son necesarias, no merece tan duros castigos.

Ahora el blasfemar contra el Espíritu Santo suponiéndole inspirador de majaderías, eso es pecado muy grave; pero es de creer que le excuse ó por lo menos le atenue mucho la ignorancia del Soldán...

No sabe el pobre lo que dice.

Y sigue el ejemplo de *Monseñor Fariñas*, que tampoco lo sabe.

Continúe el Soldán:

"La colonia americana Que os ha escuchado en Francia. (¡También los asonantitos!) Admira vuestra elegancia En la lengua castellana..."

Es natural.... ¿Quién no ha de admirar aquella elegancia de los difuntos de las personas?

Y luego *elegancia en la lengua*!... Mas ¿si será un burlón el Soldán y habrá querido tomar el pelo á *monseñor Fariñas*?....

Porque todavía sigue:

"Vuestra oratoria que encanta. Sin palabras retumbantes..."

¡Qué cosa más rara!.... Encantar sin palabras retumbantes....

"Vuestra oratoria que encanta, Sin palabras retumbantes Brota de vuestra garganta..."

¡Hombre, naturalmente! Siendo *vuestra* la oratoria, vamos, de *monseñor Fariñas*, tiene que brotar por necesidad de *vuestra* garganta; es decir, de la garganta de *monseñor Fariñas*.

Pero aún falta concluir la cuarteta:

"Vuestra oratoria, que encanta, Sin palabras retumbantes, Brota de vuestra garganta En la lengua de Cervantes."

¡Vamos, que esto de brotar de la garganta *vuestra* en la *lengua* del otro!...

Y lo malo es que en sentido figurado tampoco se puede entender; porque así se parece el idioma en que se expresa *monseñor Fariñas* al de Cervantes, como Comelerán á Quintiliano; ó en otros términos, como un perro de lanas á un arcángel.

Sigue el Soldán:

"Si á España en mejores días, Nuevo mundo dió Colón..."

¡Yo lo creo que eran días mejores! Como que no había *Fariñas*... ni *Soldanes* que los cantaran.

"Si á España en mejores días Nuevo mundo dió Colón... Levadte en esta ocasión Nuestras vivas simpatías."

¿A Colón?

No; me figuro que *monseñor Fariñas* ha querido decir á España... Pero no ha sabido.

"Levad con seguridad..."

Y con ripio. Especialmente con mucho ripio.

"Levad con seguridad Allende los Pirineos..."

¿Ven ustedes? A España quería decir en la otra cuarteta... Sólo que se lo estorbó la sintaxis... Vamos, la falta de sintaxis...

"Levad con seguridad (¿Maniatados como reos?) Nuestros fervientes deseos Por vuestra felicidad."

Deseos, que más valdrá que no se cumplan.

Porque me parece que la felicidad de *monseñor Fariñas*, lo que *monseñor Fariñas* entiende por su felicidad, habrá de ser una verdadera desgracia.

Otra cuarteta:

"Que en la tierra castellana Pidán vuestras oraciones..."

Ustedes creen que quiere decir que *vuestras* oraciones, las de *monseñor*; sean pedidas en la tierra castellana, y están ustedes esperando á ver quién las ha de pedir...

Pues no; las oraciones son las que han de pedir.

"Que en la tierra castellana Pidán vuestras oraciones Por la gente americana Que escuchó vuestros sermones."

Y que no hizo poco, aunque la verdad es que no eran largos. De á cuartito de hora.

Acabe usted:

"Y los católicos fieles Que aquí se quedan en Francia No olvidarán la fragancia De vuestros frascos... laureles."

(Es claro. Después de *Francia*, fragancia) De *vuestros frascos*... laureles."

Que es el décimo *vuestro* de la composición. De una composición que sólo tiene ocho estrofas...

¡Vaya una manera de *vuestrear*!

Y luego, esos *frascos* laureles, ¿dónde se hizo con ellos *monseñor Fariñas*?

¡El sí que está fresco!...

Pero no quiero volver á hablar mal de *monseñor Fariñas*, no haga el diantre que nos dé el chasco de llegar á obispo, y...

Por cierto que no sería el primer chasco de esta índole.

Porque ya otra vez critiqué á un cura de pocos alcances que, encargado de censurar un libro con respecto al dogma, se metió á mundo... poético, hablando de la belleza y gallardía de la forma, que era muy mala, y alabando con mucho calor unos versos que eran detestables, y á la vuelta de pocos años me le encontré de obispo en una diócesis.

Donde no lo hace bien, ciertamente.

¡Pero, qué remedio!...

En estos tiempos de liberalismo, los católicos, por buenos deseos que tengamos, no podemos remediar estos males, ni apenas hacer otra cosa contra ellos más que pedir á Dios á menudo, con las hermosas palabras de la letanía, que no abandone á su Santa Iglesia.

Ut Ecclesiam tuam Sanctam re-gere et conservare digneris...

Te rogamus, audi nos.

— F I N —



mis palabras y de mis sentimientos; y, respecto á cariño olvidado, cuida que la idea no se te ocurra á tí sola.

—¡Padre!... Me has preguntado qué es lo que distraja mi atención; y sin darme tiempo para contestarte, vuelves á hablarme para reprender... No sé... no sé por qué motivo me reprendes.

Al terminar esta respuesta las azucenas del rostro de la joven convertíanse en rosas purpurinas, como desmintiéndola.

Don Diego Bernáldez no dejó de reparar en tan hermosa contradicción, viéndose su amor propio de padre á la vez halagado y castigado. Sentía celos de quien se atreviera á robarle los pensamientos de su hija, y se enorgullecía de haber dado la existencia á una criatura tan peregrina.

Con tono solemne, y sin dejar un instante de contemplarla, por estudiar el efecto de cada una de sus palabras, la dijo:

—La verdad, Isabel, no puede ocultarse fácilmente bajo el espejo de la inocencia; y tú nunca te atreverías á revelar-mela, sabiendo cuánto me disgusta. Porque tu candoroso corazón ya no late inquieto por idear nuevas muestras de ternura filial. tu inquietud procede del desvelo de una

nadas de algún monumento de la antigüedad.

Estaba armado, teniendo la cabeza descubierta, y ostentaba una excelente cota de malla, en vez de la incómoda armadura; bien que, en tal caso, la incomodidad no habría pesado mucho en aquel cuerpo atlético.

Era don Diego Bernáldez, uno de los caballeros más distinguidos de la corte de Alfonso VI y que á la sazón descansaba de las fatigas de la guerra en su castillo de Priorio.

—¿Qué es lo que tanto distrae tu atención, Isabel?—dijo pausadamente el adusto caballero, después de un rato de inmovilidad y silencio.

—¡Ah!... ¿estabas tú ahí, padre mío?— exclamó la joven volviendo rápidamente la cabeza, con rubor producido sin duda por la sorpresa, y fijando en él sus ojos con aire de infantil reconvencción.

—¿Es hoy desagradable para tí mi presencia?

—¿Y te ocurre preguntarme eso, como si hoy hubieras olvidado el cariño de tu Isabel?... ¡Me asustas!...

—Alguien se asustaría menos que tú de

CERCA de los conocidos baños de Caldas, de Oviedo; á una legua de esta capital, orillas del Nalón, y dominando gran parte de la feracísima vega llana de la Llera, hace poco atraían poderosamente la atención del viajero las ruinas de un castillo feudal, que en la actualidad se ha restaurado á la moderna, llevando su antiguo nombre de Priorio.

No voy á recordar su historia; para mi objeto nada necesito investigar ni en apollillados pergaminos ni en páginas menos cubiertas de polvo. Las revelaciones de archivos y bibliotecas no son de más valor que las de un libro universal y misterioso, familiar y sagrado, cuyas páginas, grabadas en el corazón del pueblo, brillan á la luz de la Poesía, para guiar á la Historia en su paso majestoso: las del libro de la tradición.